

# EL CONTEMPORANEO.

Madrid.—Sábado 15 de Febrero de 1862.

PROVINCIA.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó en un recibo directamente en letra, libranza ó sellos de correo, por las suscripciones indirectas en las administraciones de correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y extranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 355.

Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico publicadas en la calle de Tránsito (Prado), núm. 20, entre calle de San Mateo y calle de San Juan. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Ouesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

MADRID.

14 DE FEBRERO.

Ya no viene mañana el Sr. Mon. ¿Qué apuestan Vds. á que el lunes no se le ha pasado todavía al conde-duque el sentimiento y se vé la Cámara en la precisión de retardar sus sesiones?

De menos nos hizo Dios, y no es cosa de que el señor Mon se quede á la luna de Valencia por un quinte allá ó despues las puertas del Congreso.

El Sr. Mayans y sus amigos ruegan al cielo que se retrarde la Hlogada del embajador, á ver si de este modo consiguen lo que desean.

Pero no hay cuidado. Si el conde-duque está empujado en que el Sr. Mon sea presidente, aunque no llegara hasta el día del juicio, segura tenía la presidencia.

El candidato, que es hombre que lo entiende, conservará la embajada de París, según dicen los vicaristas, y allá cuando las Cortes se cierren, podrá irse á tomar el fresco al vecino imperio. De manera que el Sr. Mon será en adelante un embajador de verano.

Verdad es que ahora no hay nada que hacer en Francia, y aunque carezcamos de representante en aquella corte poco importa. Ya hemos reconocido la deuda del año 23, que era lo que mas interesaba.

Podría suceder que con motivo de la cuestión de Méjico y de los asuntos de Cochinchina, surgiesen algunas dificultades ó conflictos entre ambos gobiernos; pero eso ya está previsto, teniendo en cuenta la flexibilidad del actual gabinete, que en todo se halla dispuesto á convenir.

Bueno sería que nos fuésemos á ganar en la campaña, ya que el gobierno no puede retirar nuestras tropas de Cochinchina, porque lo demas es hacer el papel de primos á las mil maravillas.

Puesto que de ajuste se trata, cuantos amigos mas claridad, que no siempre han de hallarse á punto la habilidad y el tino diplomático del Sr. Mon para arreglar esa clase de cuestiones.

Los periódicos ministeriales creen que con decirnos que el Sr. Calderón Collantes se ocupa en defender los intereses de la patria, ya no hay nada que decir, y todos nos quedamos tan satisfechos y tan complacidos.

Sin duda no recuerdan que, como el gato escaldado del agua fría huye, los que conocen las mañas del Sr. Calderón, le temen mas que á un tormento.

Tales recuerdos nos dejó el buen ministro en sus célebres notas, que es menester echarse á temblar cuando se pone algun asunto diplomático en las hábiles manos de S. E.

Y si no, examínese la cuestión de Méjico desde mucho antes que volviera nuestro embajador, y se verá hasta dónde raya el talento del ministro de Estado. Ahora mismo vamos á elegas, sin saber por qué ni para qué, á hacerle el caldo gordo, según se dice, á un príncipe extranjero, lo cual será digno epílogo de la campaña de Cochinchina.

Pero el gobierno se ocupa muy poco de esas cosas, y al general O'Donnell lo mismo le da que se sienta en el trono de Méjico Juan que Pedro, porque al fin para los ocho años que él se propone vivir en el poder, no vale la pena de indisponerse con nadie por tales fruslerías.

Allá se las avengan Inglaterra y Francia, que, por si acaso, ya han tenido la precaución de colocar en último término nuestra bandera, para irnos acostumbando poco á poco á los desaires.

En fin, cuando vaya á Cuba el general Dulce á reemplazar al Sr. Serrano, lo arreglaré todo, con el tacto que distingue al antiguo director de caballería.

Por ahora, el Sr. Ros de Olano también se queda en tierra, y en parte hace bien el gobierno, porque si lo mandara á la Habana puede ser que en algun despacho, parodiando aquello de: *se han ganado*

veinte combates y se ha perdido la campaña, nos dijese con motivo de lo de Méjico, que se había perdido el viaje, habiendo llevado la delantera.

El gobierno, pues, lo que debe es tener á su alcance buenos servidores, de esos que cantan sus glorias á boca llena sin meterse á escudriñar la razón con que las cantan.

Enhorabuena que hagamos un desairadísimo papel en Africa, y que se burlean de nosotros en Venezuela, y que nos posterguen en Méjico, y nos humillen en Cochinchina, la obligación de todo buen ministerial es poner en las nubes al gobierno y aplaudir el patriotismo y la energía del conde-duque.

¿Qué resultado había de obtenerse si no de los sueldos que se pagan y de las carerras que se improvisan?

La prensa ministerial sigue haciendo caso omiso de las graves cuestiones internacionales en que España está interesada, y si alguna vez rompe su obstinado é inexplicable silencio, dedica muy pocas palabras á estos asuntos, y no parece sino que por cumplir un compromiso imprescindible y para salir del paso. Basta observar la especie de timidez que se nota en los defensores de la situación cuando de ciertas cosas se trata, para persuadirse de que ni ellos mismos están persuadidos del buen sesgo que toma la conducta del gobierno en negocios que se rozan con el futuro engrandecimiento y con la honra de la patria.

Para cumplir sus penosos deberes, aunque de la manera que lo hacen; los órganos de la situación acuden á un medio que si en los demas asuntos tiene inconvenientes, tratándose de cuestiones internacionales es por demas odioso y de mala ley. Bueno que á propósito de una medida del gobierno, referente á cosas anteriores, se recuerden actos de pasados gabinetes, y aunque sea cometiendo un absurdo y una injusticia se acuse por actos individuales á todo un partido, si no hay mejores armas para defender á la situación, que por motivos que nadie ignora pero que nosotros no decimos, se defiende á todo trance; pero acusar á los periódicos independientes de falta de patriotismo, porque demuestran que el gabinete no deja á nuestra nación, á propósito de los asuntos exteriores, en el puesto que debe ocupar, es cosa que no debieran permitirlos los ministeriales, por mucho que fuera el amor, y por grande que fuese el entusiasmo que sus patronos les inspiran.

Desde luego empiezan todos los escritos que dedican á esta clase de asuntos, confundiendo dos cosas que, mal que les pese, son enteramente distintas, á saber: la nación y el gobierno. Negar que España ha adelantado considerablemente de cincuenta años á esta parte, es cosa que ni hemos negado, ni puede negar nadie, por obstinado que sea; pero atribuir este progreso únicamente al gobierno actual, es un absurdo insostenible, y que no se le ha ocurrido sostener mas que al jefe de la situación, que con sus elegantes formas se permitió decir que había sacado del fango á nuestra patria. La verdad es, que la mejora que se observa en todas las manifestaciones de la vida social, data de medio siglo, y es consecuencia de la gran revolución política que se ha verificado en España, y que todos los partidos liberales tienen igual derecho para reclamar la parte de gloria que por tan notable regeneración les pertenece.

Pero, ¿cómo ha dispuesto y qué ventajas ha reportado la nación bajo el mando de los actuales ministros de los elementos de poder y de riqueza que anteriores administraciones venían acumulando? ¿Se nos querrá decir, por ventura, que los tesoros gastados y la sangre de nuestros hermanos derramada en Africa, han tenido su merecida recompensa con esos millones que nos malpagan los marroquíes, y con las ventajas consignadas en el tratado de comercio, mucho menores de las que se obtuvieron en una época calamitosa para la nación y sin que esta hiciera el

menor sacrificio? ¿Por qué se ha de tachaer este juicio de anti-patriótico? Nosotros hemos dicho que la nación y el ejército que la representaba estuvieron en Africa á la altura que debieron estar: ambos fueron dignos de sus antecedentes. Pero, ¿el gobierno correspondió á aquellas señales de entusiasmo y á aquellos prodigios de valor? ¿Qué importa que las Cámaras inglesas protestaran y acusaran al gobierno por los progresos de nuestras armas en Marruecos? Entonces, y ahora, dió el gabinete inglés las mayores seguridades á aquel pueblo, y lo triste, lo vergonzoso para España, que el veto de la Gran Bretaña detuvo como un valladar inaccesible el empuje nuestros soldados, y que la debilidad de los ministros de España ha sido tanta, que se ha visto por primera vez, y hemos tenido que escuchar en silencio, que el territorio que está del lado de allá del Mediterráneo y del Estrecho, no será nunca de los españoles porque á ello se opone la Inglaterra, es decir, que se nos suscitan obstáculos que antes no existían al cumplimiento de nuestra misión providencial, que consiste en llevar á Africa la civilización de Europa. ¿Y de quién es la culpa de semejante ignominia? Del gabinete actual sin duda, no de España, que ha protestado y protestará siempre contra la insolencia de nuestra aliada, que es rival implacable en este asunto.

Otra torpeza análoga está á punto de cometer el gobierno en la cuestión de Cochinchina; ya sabemos que el emperador de los franceses ha hecho justicia á nuestros soldados, que allí, como en todas partes, han dado relevantes pruebas de su valor. ¿Pero no es una deshonra, nunca hasta al presente inferida á España, poner á precio la sangre de sus hijos? Nuestras armas no se han blandido nunca mas que por grandes causas, y hacer que los mas vil y sórdido interés fuese su móvil y su fin, es cosa que no interesa á los actuales ministros estaba reservada. Los sacrificios de España en el imperio de Anam no se compensan, no quiere el país que se compensen con cuatro ó con cinco millones, sino con la posesión de territorios y con las demas ventajas á que decorosamente se aspira en la guerra.

Ya hemos dicho que el porvenir de nuestras Filipinas exige la posesión de puertos y de colonias en Cochinchina; y para que se vea si lo decíamos con razon, recomendamos á los periódicos ministeriales que lean un artículo inserto en *La Patrie* del 11 del corriente, titulado *El Archipiélago de Poulo-Kondor y las islas de la baja Cochinchina*. Como se vé, no es un ataque á la nación, sino al gobierno el que justamente le hemos dirigido por su torpe y desacertada conducta en este negocio, advirtiéndole que desistas los primeros en alzar nuestra voz contra esa vergonzosa idea de cobrar en dinero los servicios de nuestras tropas, para que no se hiciese cosa tan deplorable, esperando que nuestras advertencias fueran escuchadas.

El mismo fin patriótico nos guía en cuanto decimos relativamente á la cuestión de Méjico. No es el odio al gabinete lo que dicta nuestros juicios, sino el deseo de que en asunto tan grave se proceda como cumple á los altísimos intereses de España; por eso hemos criticado el acto de debilidad, que consiste en haber permitido que nuestro pabellón se haya colocado en último lugar en San Juan de Ulúa; por eso nos escandalizamos de ver recomendada en los órganos del gobierno una candidatura extranjera para el trono que trata de erigirse en Méjico; por eso escitamos á los ministros para que no se dejen ganar por la mano en aquel país, consintiendo que á nuestra natural y legítima influencia se sustituya otra que necesariamente nos sea hostil; por eso hemos temido y seguimos temiendo que el gobierno, que ha dado tantas pruebas de inhabilidad; nos ocasionase nuevos disgustos y humillaciones nuevas con motivo de esta grave cuestión.

Si los ministeriales creen que el patriotismo se cifra en defender y ensalzar los desaciertos del gabinete, lo sentimos por ellos; nosotros, por el con-

trario, creemos que el verdadero patriotismo consiste en combatirle siempre que desatienda los altos intereses del país y que comprometa la honra de España, que son los dos únicos objetos de nuestra veneración, aunque veamos que otros convierten en ídolos á los ministros, y que todo lo sacrifican en sus aras.

Vamos á contestar en breves palabras al artículo faceto y cervantino de *La Epoca* de anteanoche.

Si el articulista no se hubiese empeñado en hacernos creer que cada bandera ó parcialidad política había de tener un *principio propio* y exclusivo, hasta para decidir las cuestiones religiosas, y lo que es no menos extraño, un *principio generador filosófico* peculiar, no hubiéramos citado nombres de autores, para demostrarle con los hechos, y no con teorías, que dice que no entiende, que hay quien está de acuerdo en filosofía, y en política no lo está, y por el contrario, muchos que están de acuerdo en política, y en filosofía disienten; que hay impios, herejes y paganos, que son liberales, y otros que son absolutistas; en suma, que, dada tal religión ó tal filosofía, tal *criterio* para las cuestiones religiosas, ó tal *principio generador filosófico*, no se deduce necesariamente que se dé tal política. No hay, por desgracia, esa trabazón y ese encadenamiento perfectísimo en la mente del vulgo de los mortales. Solo *La Epoca* se exceptúa de esta regla. Solo *La Epoca* ha llegado, por lo visto, á construir la ciencia única, enlazando todas las nociones de un modo casi-divino, con mirada de águila, desde la *cúspide de la premisa en el abismo de la consecuencia*.

Nosotros, para dar á entender que ha habido grandes sabios y filósofos eminentes, mil veces menos sabios y menos filósofos que *La Epoca*, en lo tocante á la pericia arquitectónica de todas las artes y ciencias humanas, nos atrevimos á citar algunos nombres.

Pero tal vez no vendrían á cuento las citas, cuando *La Epoca* las censura, con la mas discreta ironía. La cita que verdaderamente encaja como de molde, es la que de Simonides hace nuestro sobrio y discreto colega. *Mientras mas lo examino, menos lo entiendo*. Esto se lo dijo Simonides á Hieron; pero esto lo ha dicho todo el mundo, no solo á Hieron, sino á muchísimas personas. Esto es mas que probable que Simonides lo dijese, no una sola vez, sino varias, y no solo á Hieron, sino á otros sujetos. Simonides, por muy entendido que fuese, se quedaría con la gana de entender muchas cosas, durante su vida. La cita de Simonides no puede, por consiguiente, venir más á propósito. Da autoridad á una sentencia peregrina, y hace honor al entendimiento del gran poeta lirico, que inventó frase tan bella y máxima tan trascendental. Se parece la cita á la de aquel predicador que esclamaba, *setiam, como dice San Agustín*.

*La Epoca*, infatuada de nuestra manía de citar, cita también á Kant, á Reid, á Bodin y á Montesquieu, casi tan á propósito como á Simonides, á fin de mostrarnos que la autoridad humana es superior á la razon humana y no se funda en la razon humana. Sea muy enhorabuena. *Mientras mas lo examino, menos lo entiendo*, como dijo Simonides á Hieron.

Para probar *La Epoca* que en virtud del *criterio* conservador se puede decidir sobre el poder temporal del Padre Santo, cita asimismo á Guizot, á pesar de ser tan enemiga y tan mofadora de las citas. Pero ¿está segura *La Epoca* de que Guizot decida sobre tan alta cuestión en virtud de semejante *criterio*, en virtud de un *criterio* meramente político? El *criterio* político solo puede decidir y escojer entre la *legitimidad* y la voluntad del pueblo, entre el derecho establecido y la innovación revolucionaria; y siendo así, como lo es, Guizot, el ministro de un rey revolucionario, sentado sobre el trono del legítimo soberano

Cánovas X, no debiera sentir tampoco la menor repugnancia á que la revolución arrojase de su trono á Pio IX y colcase en él á otro soberano. Luego no es el *criterio* conservador, el *criterio* político, sino el *criterio* religioso (aunque Guizot sea protestante, es cristiano) el que le lleva á defender el poder temporal del Papa.

Solos nos queda que añadir sobre lo *opinable* y lo *científico*, palabras que tanto han chocado á *La Epoca*, que si bien es imperfecta la razon humana, todavía tiene certidumbre de algunas cosas, aunque sea de poquitas, y á esto llamamos lo *científico*. Habiendo, pues, esta certidumbre, no es posible que estemos en desacuerdo sobre lo *científico*, ni aun con los mismos demócratas. El día en que se demuestra científicamente una verdad, no hay mas que aceptarla, aunque sea el mismísimo diablo quien la demuestre.

En fin, de toda esta disputa nos hubiéramos ahorcado, y Simonides, y Kant, y Reid, así como los autores citados por nosotros, hubieran podido dormir tranquilos, sin salir á relucir en nuestras columnas, si *La Epoca* se hubiera limitado á probar que no debíamos estar de acuerdo con el Sr. Barzanallana, porque él dice tal cosa y nosotros decimos lo contrario. Pero como *La Epoca* no ha hecho estas pruebas y se ha ido por los cerros de Ubeda, hemos tenido que seguirle, muy á pesar nuestro.

Pruebe *La Epoca* que no estamos de acuerdo con el Sr. Barzanallana, y ya verá cómo nos dejamos convencer. No tenemos nada de tercos, ni tampoco es nuestro afán el aparecer conformes con ese señor diputado en todos los pensamientos y tendencias. Es el Sr. Barzanallana un sujeto de gran saber; de clarísimo entendimiento y de elocuencia notable; nos complacemos en creerle nuestro amigo político, y deseamos cultivar y hacer duradera esta relacion amistosa; pero no hasta el punto de tomar como pauta y medida de nuestras ideas todas y cada una de las suyas, para que se ajusten y cifan de tal suerte unas con otras, que vengan á reducirse á las mismas, esto es, á que nosotros no las tengamos. Aunque la frase sea algo ruda, diremos, sea la menor intención de ofender á persona determinada, que no somos de aquellas que por no pensar dejan que las piensen, y que no creemos que el Sr. Barzanallana y quien, según *La Epoca*, está detrás del Sr. Barzanallana, exijan de sus amigos una abnegacion intelectual tan vergonzosa. Eso puede que se estile entre otra gente.

## MARINA DE GUERRA.

Han dicho los defensores de determinadas direcciones del ministerio de Marina, que no es cierto que para lograr el engrandecimiento de ese brazo de la fuerza pública, se esté perdiendo un tiempo precioso.

Los hechos, que hablan mas alto y con una elocuencia incontrastable, desmienten á cada paso á lo que pública y privadamente, por conveniencia ó por ignorancia, sostienen aquella falsa doctrina.

Ya hemos demostrado que han pasado lastimosamente tres años sin que nada se haya hecho para que la marina cuente con diques nuevos hidráulicos, arreglados por sus dimensiones á las necesidades que imperiosamente reclama la época.

Ahora, para demostrar mas y mas que es una verdad que se está perdiendo un tiempo precioso, vamos á ocuparnos de la limpieza de las dársenas y caños de los arsenales.

Los tres establecimientos que de dicha especie existen en la Peninsula, unos mas y otros menos, están reclamando que cuanto antes se les deje limpios, espeditos, las dársenas y los caños que los circundan.

Sabido es que el que mayor necesidad tiene de eso beneficio es el arsenal de la Carraca.

La aglomeración de fangos ha ido de tal manera angostando sus caños, que en diferentes puntos no pueden hacer cablaga los buques de determinadas dimensiones que cuenta la armada.

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### LA MARQUESA DE BELVERANO.

POR

LEON GOZLAN.

—Claros está!

—Gracias.

—Quiero ver cómo la bala disparada por el conde de Palma se lleva un rizo de vuestros rubios cabellos, en honor de Paula Belverano, mayor de edad y hermana mayor.

—¿Me acompañais á la habitación del conde de Palma? preguntó Rosenthal.

—Es mi deber, contestó el escéptico napolitano, poniéndose el gorro griego y la bata que le habían facilitado en la fonda, interin llegaban sus baules. ¡Vamos allá!

Ambos amigos se trasladaron al aposento del conde de Palma, el cual los recibió con una afabilidad digna de mejor desenfado.

El señor conde de Palma, al cual correspondía la elección de armas, prefirió la carabina, y como había residido mucho tiempo en los Estados-Unidos, había adquirido la costumbre, un poco salvaje, pero enteramente conforme con las leyes de la lealtad, de verificar los duelos en *batida*.

Manfredi y Rosenthal, que ni aun idea tenían de esta clase de duelo, poco practicado en el antiguo continente, se informaron del conde de la naturaleza y de las condiciones de tal sistema de lucha.

El conde de Palma les dió esplicaciones, que nuestros jóvenes escucharon con la mas escrupulosa atención.

Se eligió para teatro del desafío un terreno desigual ó un bosque, en el cual se señalaba un sitio, que se limitaba por medio de señales convenidas de antemano, á fin de que los adversarios no pudieran alejarse el uno del otro indefinidamente, llegando á perderse de vista.

Cuando el sitio ha sido aceptado por los padrinos, se entrega á cada uno de los adversarios una carabina cargada con una ó con muchas balas, y se les manda alejarse á su capricho.

Con tal de que la lucha se verifique dentro del ter-

no designado, cada adversario tiene el derecho de hacer fuego cuando le acomode.

De manera, que se persiguen, se buscan, se advierten, se atacan con la independencia del cazador que accesa á una fiera en medio de un bosque.

Cada árbol se convierte en un abrigo, en una fortaleza; la retama, se convierte en un cubierto; el terreno, con sus ondulaciones, en un camino oculto; el riachuelo, en un foso.

Todos los nobles y hermosos instintos del hombre, se hallan satisfechos en este duelo de los pueblos bárbaros: solo los cazadores y los conquistadores pueden inventarlo: es mas que la caza: es la guerra.

Y no es mas mortal que ningún otro duelo. Por el contrario: el duelo ordinario es encierra en un círculo de hierro y de odiosas pequeñas; no os concede el derecho de dar mas de algunos pasos; prohíbe que la mano se apoye en la culata ó el cañón de la pistola; prohíbe también hacer puntería, y solo os deja en toda su plenitud el derecho de morir.

El duelo en *batida* concede toda clase de derechos. Marchad, corred, alejaos, aceraos, apuntad: sois dueños de hacerlo. Partíos el sol y el aire, como se decía en la Edad Media; nadie puede impedirlo.

¡Ah! señores! concluyó el conde de Palma; el duelo que os propongo es el primero de todos los duelos.

Así, pues, fue aceptado con todas sus condiciones por Manfredi, como testigo, y por Rosenthal, como adversario.

Era, pues, con carabina, en *batida* y á las siete de la mañana cuando iban á batirse el conde de Palma y Rosenthal, habiendo elegido el bosque de Soignes ó de Soiges, campo cerrado, admirablemente escogido; y donde se verificó igualmente aquel famoso duelo en *batida*, llamado *batalla de Waterloo*.

Sin duda fué en el momento en que los jóvenes salían de la habitación del conde de Palma, cuando los encontró la condesa de Belverano, y les oyó decir: *á las siete de la mañana... pólvora fina... y carabinas*.

VI.

Las seis sonaban en el reloj de feísima iglesia de Saint-Jacques-sur-Caudenberg, cuando pasaban dos carruajes por debajo de la portada de la magnífica fonda de Bellavista. Dichos carruajes se acompañaban sin seguirse.

Después de pasar por la calle Real y boulevard de

Waterloo, penetraron en el cuartel de Luisa, llamado así en recuerdo de una adorable reina de los belgas. Del cuartel Luisa, que es inmenso, y que algun día será el barrio mas aristocrático de Bruselas, dirigieronse ambos carruajes á la calzada de Waterloo, que conduce al grandioso bosque de Soignes.

Esta, y no otra, es la ocasion de consignar aquí este bello y terrible verso de Dante:

*Per me si va nella città dolente.*

Nada mas doliente en efecto que aquella ciudad de árboles donde murieron el mismo día y de la propia muerte, casi, por decirlo así, del mismo cañonazo, cuarenta mil hombres....

Solo Dante, el inspirado poeta de frente cobriza, y voz de hierro, podría trasladar al alma con todos sus ruidos y sus relámpagos, con sus sombras de una legua y sus tortuosos senderos parecidos á culebras, sus plazuelas húmedas y esponjosas, cubiertas con una alfombra de hojas secas de diez á doce pies de espesor, con su solemne silencio no alterado por el grito de ninguna ave, aquel bosque de Soignes, aquel esarrio de Waterloo.

Siempre uno al lado del otro, penetraron ambos carruajes cerrados en el sombrío bosque.

Empezaba entonces la primavera, lo cual, refiriéndose al Norte, no quiere decir que abundaban las lilas y las rosas, pero las ehinias empezaban á enrojecerse, y los bordes de los caminos se cubrían de franjas verdes.

El camino de que hablamos es una senda ancha, practicada por los carboneros y los cazadores, y en la buena estación por los enamurados y los paseantes. Después de marchar durante media hora por el corazón del bosque, detúvose uno de los carruajes: poco después le imitó el otro.

Aquel sitio era una plazuela cerrada por el follaje en verano, pero que en las demas estaciones presentaba en todas direcciones grandes claros, por donde penetraba la vista perfectamente.

La niebla de la mañana, tan tenaz en Flandes, cerraba, no obstante, algunos de los senderos que partían de la plazuela, interponiendo un velo azulado que enfriaba los párpados. Apéronse del primer carruaje el conde de Palma y otro extranjero de elevada estatura; uno de esos maniques que solo sirven en el mundo para asistir como testigos á los desafíos.

Era tuerto; y por la abertura de la capa se percibían muchas cruces olor de café con leche y chocolate,

indicio evidente de que el que las lleva no está condecorado. Enormes bigotes le cubrían la boca y la barba, y bajaban á confundir sus guias con las puntas de una corbata negra, muy alta, pero insuficiente para cubrir su larguísimo cuello.

Este avestruz marcial se había puesto sobre las botas ordinarias, otras enormes, forradas, anti-reumáticas, lo cual contribuía á dar á aquel personaje un aspecto de los mas feroces.

Digamos en desargo del conde de Palma que, estranjero en Bruselas, no había podido elegir padrinos como eligió armas. Hubo de tomar, pues, la primera cosa con bigotes que halló á mano.

Abrióse la portezuela del otro carruaje, y apéose de él un hombre de edad, perfectamente vestido de negro, ropa blanca finísima, botas de charol, y lente de oro pendiente de un cordón de seda.

La persona que se apeó en seguida era lord Murton. Este asió de la mano á su compañero, y lo presentó al conde de Palma:

—Mi amigo el honorable sir Rickards.

Sir Rickards se inclinó.

El espantoso padrino del conde de Palma se echó á reír.

—¡Vos, caballero! dijo el conde con la mas profunda sorpresa.

Yo creia haberos declarado ayer de una manera irrevocable, que estaba comprometido á batirme con M. de Rosenthal, y que por lo tanto, me creia precisado á rehuser....

El repugnante testigo del conde seguía riéndose: se reía al par que murmuraba en italiano, maltés ó monetégrino.

—Veeclj, vecchioni, vecchiorelli; lo cual significaba: *viejito, viejecillo, facha de viejo* y casi *perro de viejo*. Sir Rickards, quitándose el sombrero, contestó dulcemente al conde de Palma:

—Mi amigo lord Murton, no acepta vuestra negativa.

—Pero, caballero....

—No, caballero, replicó seca pero políticamente sir Rickards: no, caballero; y toda discusion es ociosa é inoportuna acerca del particular. Mi amigo sabe que habéis elegido la carabina, y la acepta.

—Entonces, dijo riéndose y sin poder reprimir su estúpida alegría, el testigo del conde de Palma, debéis llevar esto.

Y entregó al anciano una carabina, exagerando su

peso, cual si intentase burlarse de la debilidad física de ambos ingleses.

Sir Rickards tomó ligeramente la carabina que le presentaba el capitán Belperfumo—aquel caballero se llamaba Belperfumo (dulce perfumia),—y este se rió ya mucho menos: no obstante, seguía riéndose.

Para completar su fria burla, se atrevió Belperfumo á dar al inglés este impertinente consejo:

—Mirad cómo se maneja la carabina. Se vierte la pólvora en el cañon, luego se coloca encima un pedazo de papel, que se llama taco....

—Y con la culata se rompe la cabeza á los perros, dijo el inglés sir Rickards, mirando fijamente al chistoso Belperfumo.

—¿Cosa dice? ¿Qué ha dicho? preguntó Belperfumo dirigiéndose al conde de Palma.

—Nada, repuso este; y encarándose con lord Murton, añadió: Caballero, nada de retenciones, pues valéis demasiado para que se haya de usarlas con vos. Rehuseo batirme con vos, porque el duelo, el solo duelo que admito, el duelo en *batida*, es de hombres jóvenes. En él es tan necesaria la actividad corporal, como la presencia de ánimo....

—¡Basta! dijeron ambos ingleses, transformándose uno y otro; ¡basta, caballero! En primer lugar, nos hallamos en un sitio en el cual no han demostrado los ingleses que fuesen susceptibles al miedo....

—¡Oh, señores! No he querido decir....

—Somos dos antiguos oficiales de la marina real inglesa.

—Yo ignoraba, señores.... Mas, sin embargo, permitidme....

—¡Esta herida en el cráneo, me autoriza para servir de padrino á mi amigo lord Murton? ¿Os bastan, caballero, esta cicatriz en el cuello, y esta otra en el pecho?

—Lord Murton ha tomado parte en diez y siete combates navales. El fué quien en Navarino dirigió, á través de doce fragatas turcas, el brulote que empezó el gran incendio de la escuadra otomana. Os hemos dicho nuestras acciones de guerra, decidnos las vuestras.

El conde de Palma se inclinó.

—El desafío en *batida*, continuó sir Rickards, es una estravagancia americana: eso es todo. Lo aceptamos y quiera Dios, caballero, que no hayais de arrepeniros de ello. Eso es cuenta nuestra: cuando queráis, señor conde de Palma.

(Se continuará.)

La Carraca, nunca será arsenal propiamente dicho, interin no desaparezca aquel capital defecto, que impide el movimiento de los buques; su libre entrada y salida; que deteriora los fondos de los mismos, y que en distintas horas del día hace difícil y hasta imposible, el atracar á los muelles las embarcaciones menores para el alijo y carga de efectos y pertrechos, y para conducir ó extraer de las fosas las maderas.

Cada una de esas dificultades, cada uno de esos entorpecimientos, produce, como con razón sobrada ha dicho un periódico, inconvenientes de mucha entidad en la marcha del servicio, sucediendo también que los gastos ordinarios son mayores de lo que deberían ser.

Se trata de un arsenal, que, si bien no es ni con mucho artísticamente hablando el mejor de los de la Península, es preciso concederle el mérito especial de ocupar una posición geográfica muy ventajosa, posición que da lugar á que preste eminentes servicios.

No se crea por esto, que pretendamos que en igualdad de circunstancias, se prefiera á aquel establecimiento respecto de los demás; nada de eso. Conocemos la importancia de los otros arsenales; pero como la cuestión que hoy tratamos, es de extracción de fangos, es bien patente, está al alcance de todos, que el que en peor caso se encuentra, es el del departamento de Cádiz, y siendo esto así, como indudablemente lo es, debe atenderse á él primero, para que desaparezca un defecto tan capital.

De la dirección de ingenieros dependen tales trabajos y desgraciadamente, á pesar de ser el asunto por demás importante y de haber transcurrido el tiempo suficiente para empezarlos, nada se ha hecho.

Lo único que ha tenido lugar, es la adquisición de dos dragas para dicho establecimiento, habiendo resultado que una de ellas, por sus defectos, no puede prestar servicio, y la compra de gauciles, bateas y vapores remolcadores. Para los otros arsenales se ha adquirido también material de dicha clase, esto es, que se ha hecho lo más fácil, lo que hace cualquiera que tiene dinero, que es disponer que se compren en el extranjero los cascos que dejamos expresados; pero no se ha levantado un plano de sonda en el cual se marque el fondo que hoy tienen aquellos caños y ensenadas y en el que debían quedar; no se ha pensado en qué punto se han de alijar los fangos; ni si será más conveniente practicar la limpia por contrata, ó por administración, sirviéndose en el primer caso los empresarios del material adquirido. Véase, pues, cómo nos sobra razón para decir una y mil veces que se está perdiendo un tiempo precioso.

Sea cual fuere el sistema que se adopte, y teniendo en cuenta que son muchos millones de quintales de fango los que hay que extraer, creemos que es muy escaso el material que para ello existe en dicho arsenal; y por tanto, que si la limpia se ha de efectuar con la actividad que reclama el servicio, sería por demás acertado que el adquirido para el Ferrol y Cartagena se trasladase á la Carraca, pasando después de concluida la operación á cualquiera de aquellos, ó mejor dicho, al que tuviera mas necesidad de él, para que también lo utilizase.

No se pierda de vista que todo arsenal, por esencialmente que sea su posición, y por mucha importancia que quiera concedérselo porque cuente con magníficos diques, con proporciones gradas, con fosas y almacenes para conservación de maderas, con talleres de todas clases, con cuarteles y con acopios abundantes de material, no será nada, desaparecerán todas esas ventajosas condiciones, en el instante mismo que el fango, que le falta de agua en sus caños, impida los movimientos y la libre entrada y salida de los buques.

Como estos graves inconvenientes se están experimentando y serán mayores á medida que se deje transcurrir mas tiempo sin hacerse frente al mal, llegando, de seguir así las cosas, á quedar inutilizado aquel establecimiento, urge, para impedirlos, que el señor ministro de Marina, por efecto de su buen deseo, que á cada paso reconocemos y aplaudimos, dispanga que desde luego, sin dejar pasar mas tiempo, se atienda á esa imperiosa necesidad, que es, bien puede decirse, la primera de que se siente aquel arsenal.

De qué sirve que se construyan buques, que llegásemos á tener una armada importante, si á la vez careciéramos de arsenales, y de arsenales como el de que se trata, situados en punto tan ventajoso? Y si pasase este tiempo tan precioso, este tiempo en que la marina cuenta con dinero para esas empresas de fomento, para esas operaciones sencillas, si, pero costosas, entonces, una vez invertidos los millones de la desamortización, ¿qué cosa se vería en otra situación tan desahogada como la presente? Y aunque llegara á presentarse, aunque se contara con recursos suficientes, lo cual es algo difícil, ¿no sería muy posible que el país, recordando entonces la negligencia de hoy, y los gastos, rehusase conceder nuevos recursos? ¿Cuánta no sería la responsabilidad en que incurrirían los hombres que oportunamente debieron impedir tales males?

Esto, pues, precisamente es lo que deseamos evitar, y al tomar tanto interés en ello, solo nos mueve nuestro patriotismo, el acertado engrandecimiento de la marina, y el buen nombre de cuantos sirven en ese esclarecido y pundonoroso cuerpo.

Es preciso no hacerse ilusiones, y conocer y confesar que el tiempo se pierde; no suponer, por Dios, como ya lo habéis supuesto en otra ocasión, que nuestra actitud sea hija de intenciones malévolas (gracias por el propio), pues, si bien es verdad que el espasmo así, sirve por el momento para crear la atmósfera que apetecemos en determinadas regiones; también lo es que contra los hechos no hay sofismas posibles; que los hechos, como es natural, nos dan la razón, y que el resultado final será que se convencerán de que es cierto todo cuanto decimos, como convencidos están de ello en los departamentos, de donde nos escriben constantemente y con profusión, diciéndonos, entre otras muchas cosas, que estamos interpretando fielmente los sentimientos de la generalidad de los marinos; que todo cuanto decimos es verdad, y que adelante, adelante y adelante, á ver si de este modo, y por efecto de medidas radicales y salvadoras que se adopten, las culpas resarciremos otro día, se consigue impedir, porque aun es tiempo, que la marina llegue á caer en el más completo y vergonzoso descrédito.

Pocas cosas hemos visto más repugnantes que la actitud de los periódicos del gobierno con motivo de

la venida del Sr. Mon para ocupar la presidencia de la Cámara popular.

Hay razones, que enunciadas, son mas que suficientes para comprender la importancia que tienen, pero que si uno no las siente, inútil es explicarlas.

Si el Sr. Mon cree justo y delicado conservar la embajada y la presidencia de la Cámara, ni viene á nada la defensa de los ministeriales, ni comprenderá nunca la justa censura de las oposiciones.

La Epoca se ocupa anoche, contestando á un artículo nuestro, en varios lugares, de la candidatura del Sr. Mon para la presidencia del Congreso y de sus resultados. Con este motivo, trata de escusarnos de traer á colación nombres propios, como si no fueran los diarios ministeriales los que diariamente se ocupan de vastas combinaciones diplomáticas y administrativas. Además, nosotros no tenemos consejo de regencia ni tomamos órdenes de nadie, diciendo sobre las cosas y las personas lo que nos dicta nuestra razón y el deseo del bien general.

Por último, si La Epoca cree constitucional eso de llamar al Sr. Mon para que ocupe la presidencia de la Cámara popular, sin contar con nadie, tanto peor para el diario ministerial. Repetimos que el espectáculo que con este negocio se da al país, es muy útil para las oposiciones; siga, pues, La Epoca aplaudiendo las maravillosas obras del gabinete O'Donnell.

Es probable que la Gaceta publique hoy algunos nombramientos, entre ellos el del Sr. Leon y Medina para ministro del tribunal de cuentas del reino; pero todavía están en el período de gestación las grandes combinaciones diplomáticas y militares que medita el gobierno.

Dice La Correspondencia: «Aunque por algunos pequeños detalles que han surgido al tratar de fijar las cantidades que Francia ha de pagar por presas marítimas, se ha dilatado la firma del tratado que tenemos pendiente con aquel imperio, y esto naturalmente ha impedido al Sr. Mon el ponerse inmediatamente en camino, tenemos motivos para creer que nuestro embajador en París llegará á esta corte del lunes al martes próximo, y que el gobierno y la mayoría tendrán el gusto de verle en la presidencia del Congreso.»

Es la vigésima vez que nuestros colegas ministeriales, después de dar por firmado el convenio, anuncian que no se ha concluido todavía, por pequeñas dificultades; pero, á decir verdad, importa poco que se firme ó no se firme el convenio, pues la parte sería del asunto es la venida del Sr. Mon.

Si este caballero no se halla en Madrid el lunes, ¿se dará el espectáculo de que el Congreso celebre sesión y no elija presidente? ¿Se prorrogarán por algunos días las vacaciones?

Anteayer fué recogido el número de El Valenciano, parece que por un artículo sobre la anulación de las jugadas de la lotería.

Ya es cosa resuelta lo que anunciamos hace tiempo: el general Dulce marchará á ejercer el mando superior político y militar de la isla de Cuba, pues el general Serrano quiere volver cuanto antes á la Península. Ni las amistosas explicaciones del gran vicarvarista, ni la concesión de la grandeza de España con un título de duque han sido parte para que el Sr. Serrano se convenga de que el gobierno fué con él todo lo amable, todo lo consecuente que tenía derecho á esperar. El general Serrano, cuyo carácter es mas bien dulce y bondadoso que altanero, se considera tan agraviado por los hombres del poder, que regresará á España sin esperar á que concluya la guerra con Méjico.

Ya se citan los nombres de varios amigos del general Dulce que piensan acompañarle en su viaje á las Antillas, llevando, por supuesto, sus correspondientes destinos de alta categoría; la amistad no está reñida con la conveniencia de cada uno, sobre todo, ahora, que la conveniencia es la base de las amistades.

Llamamos la atención de nuestros colegas de oposición, y especialmente de La Discusion, hácia un hecho del cual no tengan quizá conocimiento. Nos escriben de Santander que en algunos pueblos de aquella provincia se han puesto á la cabeza de la propaganda ministerial en la rectificación de listas electorales, algunas personas que pasan por ser jefes y directores del partido democrático; las cuales, cuando los convoca, trabajan decididamente en favor de los planes del Sr. Posada Herrera, sin perjuicio de aspirar á la influencia y representación de su partido, cuando la estrella del gobierno no se presenta tan brillante, para sus designios particulares. Algo semejante se nos dice relativamente á otros hombres que hacen gala de pertenecer á la comunión política de La Iberia y de Las Novedades.

Cinco generales se pusieron al frente de la insurrección militar de 1854. Cuatro de ellos han recibido desde entonces la grandeza de España, ó merced de título de Castilla.

El general O'Donnell, es duque de Tetuan; El general Serrano, duque de la Torre; El general Dulce, marqués de Castell-Florite; El general Ros de Olano, marqués de Guad-el-Jelid.

Además, los generales O'Donnell y Serrano han obtenido el tercer entorchado, y los generales Dulce y Messina, el segundo.

La Independencia Belga afirma saber de un modo positivo que Francia é Inglaterra arreglarán de común acuerdo, lo que se haya de hacer en Méjico y que España suscribirá á cuanto determinen aquellas dos potencias.

La Presse se burla de La Epoca, por la seguridad con este periódico dijo que España había triunfado, cuando se trató de escluir á los Borbones del futuro trono de Méjico.

Parece que la Reina ha conferido el toison de oro que tenía el Sr. Martínez de la Rosa al hijo que dió á luz hace pocos meses la esposa del infante D. Sebastian.

Anteayer fué recogido el número de El Pueblo. ¿Cuándo recogerá el gobierno el afán de recoger?

Dice El Diario Español: «A pesar de haberlo desmentido terminantemente, hay periódicos que aun continúan hablando de la dimisión del señor duque de Sexto del cargo de gober-

nador civil de Madrid; esto es infundado, pues las relaciones que hoy existen entre la autoridad civil superior y la militar de la provincia, y el gobierno de S. M., no pueden ser más íntimas.» Sea enhorabuena.

Leemos en La Discusion: «Hay entre los hombres de corazón varias categorías. Los hay diplomáticos tímidos, que están detrás de la cortina acobardando, y sin dar jamás la cara, gobiernan siempre. A esta familia pertenece D. Manuel de la Concha, que es una especie de rey invisible é irresponsable de la situación. Los hay batalladores, francos, amigos decididos hasta comprometer su propia posición política. El que esto representa se halla ausente y no le nombramos. Los hay que son muy astutos y muy aptos para los puestos de confianza y de peligro, como por ejemplo, el general Dulce. Pero hay otros opacos en este cielo militar, especie de ástros muertos como la luna; y usamos este lenguaje, porque el jefe de estos desgraciados es poeta, y poeta romántico; cuyos afectos, y sus deseos, que jamás logran tener en la vida de sus deseos. Este es el general Ros de Olano, llevado, traído para todos los puestos, y nunca colocado en ninguno. ¿Qué misterio tendrá esto, que es verdaderamente extraño? ¿Qué se encerrará en semejante desgracia? Sabemos muchas misterios de la situación envidiada en que nos encontramos; decimos los que podemos; pero francamente, este no es el nuestro. ¿Lo sabe alguno de los colegas?»

Por nuestra parte, no.

Tomamos de La Iberia: «Se ha verificado ayer un Consejo de ministros. Como de costumbre, las publicaciones del gobierno no dicen lo que en él se trató; pero á pesar de tan absoluto silencio, á nuestros oídos ha llegado el rumor de que los ministros habrán acordado, puesto que no es decoroso para la nación que sus valientes y pundonorosos hijos sigan á sueldo de otra, retirar el contingente de fuerzas que tenemos en Cochinchina.

Si no dudáramos de la certeza de esta resolución, la aplaudiríamos; por mas bochornoso que nos sea el que el gobierno de la unión haya trocado el orgullo nacional por unos cuantos maravedises, poniendo á nuestros bravos compatriotas á la altura de los que venden su sangre sin saber lo que defienden, seríamos aun mas bochornoso continuar al servicio de la Francia ó de otra nación cualquiera. Triste y lamentable es lo que se ha hecho; pero hasta ya de han inculcable especulación reducidos á la condición de condottieri; no; eso jamás. Mas, será cierto que el gobierno de la unión lo reconoce así, y ya que en tan desairada posición se ha colocado, quizá haría cesar, viendo en la actitud de todos un anatema contra su conducta?»

Repetimos que lo dudamos: este gobierno no retirará sus tropas de Cochinchina; este gobierno seguirá cobrando un estipendio por la sangre que con heroico valor derraman en aquella lejána región los que van al combate desplegando la bandera española; este gobierno siempre será el mismo dentro y fuera; en Asia, en Europa, en América; en África, teniendo rasgos de corleón tan extraños, que dan por resultado el que el pabellón nacional ondee en último término.

Pero, ¿qué le importan al gobierno nuestras censuras, cuando tiene periódicos que no solo le disculpan, sino que le ensalzan por hechos semejantes, y que nos acusan de poco patriotismo porque esas censuras no se convierten en elogios y aplausos?»

En El Pueblo de anoche leemos lo siguiente: «Nunca nos parecen mas adorables los periódicos ministeriales cuando censuran á la oposición en sus diversos partidos, porque representa, según ellos, una especie de coalición, un monstruo incapaz de crear gobierno alguno, é inmorral políticamente hablando, porque es la amalgama de diversos principios y de diversos sentimientos.

Las oposiciones han sido siempre esto que censura la prensa ministerial, y lo serán mientras haya régimen representativo, porque está en la esencia y en la naturaleza de las cosas; y como es natural, á nadie en el mundo le ha ocurrido censurar á las oposiciones porque desde diversos puntos de vista, con diversos principios, ataquen á un poder y á un gobierno determinado, que hace la desdichada política.

Lo que no se ha visto jamás en ningún pueblo de Europa regido por instituciones liberales, lo que esperamos que no se volverá á ver mas, es lo que actualmente está sucediendo en España con escándalo universal: esto es, la coalición en el gobierno, la coalición no accidental y pasajera, sino permanente y constitutiva, que es lo mismo que el ser y no ser al mismo tiempo, que es el absurdo en principio, y la corrupción y la verdadera inmoralidad política en la práctica.

Los que han sido progresistas en la práctica, y que ahora se llaman liberales, van á votar por el Sr. Mon, que ha sido y es su enemigo capital de toda la vida; y esto no se hace por interés público, y esto no se hace por patriotismo en uno de esos momentos supremos que hay en las naciones en que todo debe olvidarse por un gran principio ó por la salvación de la patria así lo exigen: esto se hace puramente por cálculo, por causa de medro personal, por miserable interés: los unos porque no les quiten los destinos que tienen, los otros porque les den otros destinos mas pingües que los que ahora poseen.

Los que han sido moderados acaban de votar por primer vicepresidente á D. Modesto Lafuente (el Fray Gerundio), bufando y renegando públicamente, pero sin atreverse tampoco á renunciar las mercedes que poseen, con lo cual la mayoría, esta mayoría incomprendible, y cuyos individuos se aborrecen de muerte unos á otros, está dando el espectáculo de cantarse el Trácala todos los días, teniendo que votar y teniendo que tragar los monistas á Fray Gerundio, y los antiguos redactores de El Clamor Público, de El Tribuno, etc., etc., al autor del sistema tributario.

Si el autor de Los políticos en camisa quisiera ahora poner una fotografía donde salieran los retratos de él y de sus amigos, sería obrando en uso y costumbre, tiene el Diario Español, como es uso y costumbre, tiene todavía valor para hablar de la consecuencia del señor Mon y de toda la mayoría, para censurar á la oposición, y especialmente á los disidentes, y en particular al Sr. Rios Rosas.

Nosotros no tenemos que defender á estos señores, que ya saben hacerlo por sí solos sin necesidad de nosotros.

La consecuencia que tanto pondera El Diario Español consiste en lo siguiente: Al Sr. Mon le votaran los diez ó doce acólitos que se le conocen como sus mas acérrimos partidarios, y que hablan muy huecos y á todas horas de la moralidad, con lo cual van haciendo su cosecha.

Los Ulloas, Rascones, Monares, Rivero Cidraques y Fr. Gerundio, que no le pueden ver, y que cobran grandes sueldos, ó tienen una influencia que jamás pudieran esperar.

Canovas del Castillo, antiguo director de La Patria, en cuyo periódico puso de chupa de dómimo al señor Mon, y que antes obedecía como un acólito las inspiraciones de Pacheco y Rios Rosas, que le cubrieron con sus manos protectoras cuando vino de Málaga, y á quienes hoy el soberbio magnate insulta impunemente desde los periódicos ministeriales.

Los polacos que han abandonado á sus antiguos dueños, y que se han pasado á los polacos de la Carretera de San Gerónimo.

Esta es la consecuencia que pregona El Diario Español. La moralidad política está en el presupuesto.»

CRONICA PARLAMENTARIA. SENADO. Abierta la sesión á las dos y media, bajo la presidencia del señor marqués del Duero, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior, dándose en seguida cuenta de una comunicación en que el Sr. Sainz Andino, que tenía pedida la palabra sobre el art. 16 de la ley para el gobierno de las provincias, escusaba su ausencia por falta de salud.

Con motivo de esta circunstancia, al entrarse en la orden del día obtuvo la palabra el Sr. Rodríguez Camalongo, que combatió el artículo que se discutía, manifestando que por medio de sus disposiciones, tal como están redactadas, se tiene á establecer un despojo absurdo, bajo formas constitucionales. Recordó á este propósito, que aun bajo el antiguo régi-

men usaban las chancillerías la fórmula «so obedeció, pero no se cumplió» dejando sin efecto aquellos mandatos de la superioridad que se oponían á la justicia y á las leyes, y concluyó manifestando que esa obediencia pasiva que quiere establecerse en el artículo, á despecho de la razón y de la conciencia humanas, no existe en ningún país, ni se practica siquiera en el ejército, á pesar de la severidad de la disciplina.

El general Calonge rectificó algunas ideas emitidas por el Sr. Camalongo acerca de la disciplina militar, y después de las rectificaciones de este senador, del Sr. Alvarez y del mismo general Calonge, usó de la palabra el Sr. Posada Herrera.

El señor ministro usó ayer uno de esos ardidés de disculdar que en nuestro concepto deben estar vedados á quien ocupa ciertas posiciones ó se dirige á cuerpos tan altos como lo es la Cámara vaticiana. Dijo el Sr. Posada, que el calor con que se discutía, algo mas que la disposición del artículo; que no se combatía el principio de la obediencia, sino que se examinaba el derecho de rebelión. ¿Qué quisó decir con esto el Sr. Posada Herrera? Algunos supondrán que pretendió acusar de apóstoles de la anarquía á los senadores que impugnaban el artículo; nosotros no podemos creerlo, porque á mas de constituir esto una ofensa á personas tan respetables, sería repugnante que dirigiese á nadie tales cargos el que es individuo y forma parte de una situación que nació en medio del estruendo de una sublevación militar. Por otra parte, era evidente que el fin de los ilustres senadores que combatían el artículo, era solo ponerlo en armonía con el Código penal, protestando al mismo tiempo contra el sistema de convertir séres racionales y libres en instrumentos mecánicos, traduciendo el precepto de los hijos de Loyola, que manda que el inferior sea con relación á su superior sicut cadaver.

Como se vé, por todas partes se notan señales de las tendencias jesuíticas y reaccionarias de la situación. Después de rectificar el Sr. Alvarez, explicando lo que debe entenderse por obediencia debida, y el señor Posada, por decir algo, se aprobó el artículo sin que los ex-progresistas de la comisión diesen esta boca es mía, y la sentimos, por que quisierámos haber oido de su boca la explicación del cambio radicalísimo de ideas que se ha obrado en ellos acerca de este asunto.

Igualmente, aunque sin discusión, se aprobó el artículo 17. Leyóse el 18 y una enmienda á su párrafo tercero suscrita por el Sr. Gallardo, relativa á la forma de la redacción, que después de un breve debate entre su autor y el Sr. Olivan, fué desechada por el Senado.

El Sr. Fuente Andrés hizo notar que el artículo que se discutía estaba en contradicción con el 10, en la parte relativa al encausamiento por falsedad en las listas electorales, y el Sr. Posada manifestó que la cuestión referente á los abusos de los gobernadores en materia electoral, se ventilará mas ampliamente en la ley especial sobre esta materia. Lo mismo sustancialmente dijo el Sr. Lafuente, y después de rectificar e Sr. Fuente Andrés, el Sr. Gomez de Laserna hizo algunas observaciones acerca de los plazos de tres y ocho días que se dan á los gobernadores y sus subordinados, para entregar á los jueces las personas detenidas y las diligencias que respecto á ellas hayan practicado, aprobándose el artículo después de algunas palabras del Sr. Posada Herrera, con lo cual terminó la sesión, siendo las cinco y media.

PARTE OFICIAL. PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS. S. M. LA REINA nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA. Excmo Sr.: Dada cuenta á la Reina (Q. D. G.) de la comunicación que en 28 de enero próximo pasado dirigió V. E. á este ministerio remitiendo los resúmenes de los diversos servicios prestados por el cuerpo de guardias civiles y por la guardia civil veterana del cargo de V. E. en todo el año de 1861, se ha dignado resolver manifestar á V. E., como de su real orden lo verifico, que se ha enterado con satisfacción de los muchos é interesantes servicios prestados por la fuerza de ese instituto, probando siempre en ellos la abnegación de los individuos que le componen, su buen deseo y el laudable desinterés con que siempre llevan á cabo el desempeño de la humanitaria y benéfica misión del honorario instituido á que pertenecen.

De la de S. M. lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 8 de febrero de 1862.—O'Donnell. —Señor director general del cuerpo de guardias civiles y de la guardia civil veterana.

MINISTERIO DE FOMENTO. Obras públicas. Ilmo Sr.: accediendo S. M. la Reina (Q. D. G.) á lo solicitado por D. Antonio Torres y Coll, vecino de Barcelona, ha tenido á bien autorizarle por el término de un año para verificar los estudios de un ferrocarril, que partiendo de la línea de Zaragoza á Barcelona, en Mañresa, termine en Serohs; en la inteligencia de que por esta autorización no se confiere al peticionario derecho alguno á la concesión del camino, ni á indemnización de ningún género por los gastos que los referidos estudios le ocasionen: reservándose el gobierno la facultad de conceder iguales autorizaciones á los que las soliciten, y elegir entre los proyectos que se presenten el que juzgue mas conveniente á los intereses generales del país.

De real orden lo comunico á V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 8 de febrero de 1862.—Vega de Armijo.—Señor director general de obras públicas.

Negociado 5.º Ilmo Sr.: accediendo S. M. la Reina (Q. D. G.) á lo solicitado por D. Julio de Verdier, de nación francesa, ha tenido á bien autorizarle por el plazo de un año para verificar los estudios de un ferrocarril que partiendo de la línea de Madrid á Valladolid, en Valladolid, y pasando por San Ildefonso, termine en Segovia; en el concepto de que por esta autorización no se confiere al peticionario derecho alguno á la concesión del camino, ni indemnización de ningún género por los gastos que los referidos estudios le ocasionen: reservándose el gobierno la facultad de conceder iguales autorizaciones á los que las soliciten, y elegir entre los proyectos que se presenten el que juzgue mas conveniente á los intereses generales del país, teniendo presentes al mismo tiempo los particulares creados por anteriores concesiones.

De real orden lo comunico á V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 8 de febrero de 1862.—Vega de Armijo.—Señor director general de obras públicas.

Ilmo Sr.: En vista de algunas dudas que se han ofrecido al rector de la universidad central sobre el pago de derechos por expedición de títulos académicos y profesionales, y considerando que el real decreto de 12 de setiembre último derogó las disposiciones que anteriormente regían acerca del uso del papel sellado, la Reina (Q. D. G.) se ha servido mandar:

1.º Que los alumnos por sus títulos académicos satisfagan en papel de reintegro, además de los derechos prescritos en la tarifa adjunta á la ley de 9 de setiembre de 1857, los correspondientes al papel con que haya de extenderse el título, según lo prevenido para cada caso en el real decreto de 12 de setiembre anterior.

2.º Que los profesores, así por sus títulos de entrada como por los de ascenso y término, satisfagan en papel de reintegro los derechos señalados por tarifa en la ley, y juntamente los que correspondan al papel sellado, con arreglo á la escala establecida en el art. 35 del espedido real decreto, según el sueldo ó remuneración total que desde la obtención del nuevo título ha de disfrutar el profesor en adelante.

Y 3.º Que tanto los profesores como los alumnos, continúen pagando además por gastos de expedición del título respectivo los 20 rs. en papel de reintegro que previene la circular de 18 de noviembre de 1857.

De real orden lo digo á V. I. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 13 de febrero de 1862.—Vega de Armijo.—Señor director general de instrucción pública.

DESDE LOS TELEGRAMAS. Cádiz 13 (por la noche).—A la salida del vapor-correo Almagor, hallábase en el puerto de la Habana el navio de guerra inglés Georges, que conducía de rigoroso inógnito el príncipe Alfredo, hijo segundo de la reina Victoria.

También habia llegado, procedente de las Bermudas, el navio inglés Dencaid.

Estos buques y los franceses debían salir muy pronto para Veracruz.

También estaba próximo á salir para el mismo punto el brigadier de marina Sr. Sivilla, para reemplazar en el mando de la escuadra al Sr. Rubalcaba durante la enfermedad de este último.

En la guarnición de la fortaleza de San Juan de Ulúa alternan cada día fuerzas de las tres naciones aliadas.

No habian salido de la Habana nuevas fuerzas nuestras para Veracruz.

En Venezuela se enciende de nuevo la guerra civil. Ha llegado el correo de Canarias.

Reinaba tranquilidad, y nada notable ocurría en aquel archipiélago.

El vapor Santo Domingo procedente de Cádiz, habia llegado en doce horas á Santa Cruz de Tenerife, de paso para las Antillas.

Sevilla 14.—Hoy ha salido de este puerto para Tetuan el vapor Pensamiento conduciendo 6,000 arrobas de harina, y como es posible que el fuerte temporal de Levante le impida llegar á su destino; están dadas las órdenes para que en el caso de no poder arribar el Pensamiento á Tetuan, trasbordo desde Algeciras su cargamento á los vapores-correos.

Cádiz 14.—El ayuntamiento de esta ciudad ha acordado que mañana se celebren solemnes honras por el Sr. Martínez de la Rosa.

Turin 12.—La Correspondencia italiana publica una circular del baron Riccaoli. Este asegura que el gobierno sigue la voluntad nacional; que el gabinete quiere obtener un triunfo moral en la cuestión de Roma, y se felicita por el éxito ya conseguido; que la Iglesia libre y el Estado libre inaugurarán un nuevo orden de cosas, que los italianos podrán iniciar continuando el programa de conciliación entre Italia y la Santa Sede; que el gobierno no quiere que su obra sea estorbada con manifestaciones ruidosas ó inconsideradas, y se propone evitar que estas continúen.

Constantinopla 12.—El sultán ha enviado al gran visir veinte millones de duros para las pagas atrasadas que se deben á los funcionarios y al ejército.

Paris 13 (por la noche).—La Patrie de esta tarde dice que se han presentado al archiduque Maximiliano unos enviados de Méjico, ofreciéndole la corona á nombre de muchos Estados de la república, y que el archiduque ha puesto por condiciones para aceptar el trono, el voto de los mejicanos y el consentimiento de la Europa.

Paris 12.—El Constitutionnel ha recibido una carta de Veracruz, en la que le dicen que los españoles han cometido una gran falta militar yendo solos, pues Veracruz está bloqueada, y como los españoles no son bastantes en número para forzar el bloqueo, los mejicanos han tenido tiempo para impedir que se abastecieran de víveres, hasta el punto de que un hueco cuesta mas de una peseta; pero esperaban que la próxima llegada de refuerzos mejoraría la situación, y ya se habian tomado medidas al efecto.

Dicen de Nueva-York que el presidente Davis se ocupa en establecer un camino de tránsito á través de los Estados del Sur, hasta la frontera mejicana. El gobierno del Norte ha enviado un expedicion, mandada por el general Lino, para impedir que lleve á cabo su proyecto, pues si Davis lo consigue, podrá llegar por aquella vía al algodón, y ser embarcado para Europa en los puertos mejicanos.

Algunas cartas de los Estados-Unidos hablan de proposiciones de paz hechas por el Sur al gobierno de Washington.

Continúa la agitación en Nápoles y otros puntos, y también en Roma. Patrullas francesas y pontificas recorren los alrededores de los teatros. La policía romana ha preso á dos napolitanos armados que seguían constantemente á Francisco II.

Londres 13.—En la correspondencia diplomática sobre los asuntos de Méjico, se encuentran una nota de lord John Russell de 18 de enero, lamentando la precipitación de los españoles en comenzar solos la expedición. Un despacho del mismo, fecha 20, expresando su sentimiento porque el emperador Napoleon aumente en cuatro mil hombres sus tropas en Méjico, motivando el aumento en la precipitación de los españoles en comenzar las operaciones, lo cual acrecerá las dificultades de la expedición, haciendo necesario avanzar al interior de Méjico, y eso que es imposible dejar al ejército francés en inferioridad relativamente á los españoles. Un despacho de Russell á Crampton manteniendo el derecho indisputable de los mejicanos á escoger por sí una forma de gobierno; es imposible apoyar con la fuerza una forma de gobierno que los mejicanos rechazan.

Un despacho de Cowley á Russell, fecha 24, en que manifiesta que los oficiales que van á Méjico dicen que van á instalar al archiduque Maximiliano; que ha preguntado á Thouvenin si hay negociaciones pendientes entre la Francia y el Austria, habiendo aquel respondido negativamente; añadiendo que las negociaciones han sido entabladas solo por algunos mejicanos que han ido á Viena con este objeto. Un despacho de Russell al ministro inglés en Méjico, en el que hablan



figuran la princesa de Beauveau, las Sras. de Loirental y D'Assailly y los Sres. Florian, Reynald de Choiseul, Calviere, etc., etc.

GACETILLA DE LA CAPITAL.

Boletín religioso. Santos Faustino y Jovita, mártires.—Nacieron de ilustres padres en la ciudad de Brescia, perteneciente a la Lombardia.

Las gentes de Vicalvaro, según la estampita, han salido hormiguillas para su casa.

Y aquel que de Arjonilla salió a encontrarlo, conde de San Antonio, hombre muy guapo?

Y el de Ercilla trasunto, yate y soldado, general conocido por Ros de Oñano?

La compañía de acrobatas anglo-americanos, da esta noche la primera función en el teatro de Novedades.

Valencianos y asturianos van a venir a las manos por un poco de torro; pues si se lo traiga Mon, ¿qué comen los valencianos?

El sábado 15 se celebra en la iglesia parroquial de San José, el funeral y misa en sufragio del alma del Sr. D. Mariano de Oteiza y Lopez de Alcaráz, que falleció el 7 del corriente.

Ha regresado a Madrid, viniendo de Francia, el Sr. D. José de Salamanca, después de haber dado gran impulso a las obras de ferrocarriles de que está encargado en diferentes puntos de Europa.

Ya están contratados por M. Bagier para cantar en la próxima temporada en el regio coliseo, los célebres artistas Mad. Lagrange, Bethni, el barítono español Sr. Padilla, Cotogini, Bouche y Movere.

El gobierno ha resuelto, conformándose con la opinión de la junta organizadora a cuyo frente se halla S. M. el rey, que la exposición hispano-americana que debe celebrarse en Madrid, tenga efecto en 1864.

Ayer a las siete de la tarde se declaró fuego en una casa de la calle de Valverde, cerca de la de Colón.

Mercados. En el de granos de ayer se vendieron 1,219 fanegas de trigo al precio de 53 a 61 1/2 reales una, quedando por vender 1,074. La cebada se vendió de 30 a 32 rs. y a 42 la algarroba.

VARIEDADES.

LOS MANQUIES.

Entre el muchísimo disparatar, tropezar y caer de los señores filósofos, ha habido una creencia que mas de una vez me ha puesto a la puerta de la casa de los ocos de Zaragoza.

Hablo de aquella en que se asegura que el mundo exterior no es mas que una creación de nuestros sentidos, y que tanto esas nubes nacaradas que bogan tranquilamente por la serena bóveda de los cielos, como las negras y tempestuosas que abortan el rayo; la gacela como la pantera, el placer como el dolor, no son mas que vanas quimeras, seres que brotan del caos que rodea al hombre, al impulso creador de su gigante espíritu.

¡Cuántas veces, al entrar en un palco del Teatro real y sentarme junto a una mujer bonita, viendo aquellas sedosas mejillas de leche y fresa, aquellos ojos, fecundo manantial de chispas de luz que abrasaban los míos, en un acceso de filosofía práctica, he sentido vivísimos deseos de alargar la mano y apoderarme de aquel producto de mi alma, que se llamaba Carmen, Pepita ó cosa por el estilo.

Peró ¡ay! nunca he tenido la fé necesaria en mis principios filosóficos para aplicarlos a pie justillas! Lo mismo que mi alma creaba la hermosura del palco, otras, menos inflamadas que la mía, habían creado antes los respetos sociales, que me impedían irme apoderando de aquello que era mío, puesto que mi alma lo creaba.

«En la variación consiste el gusto,» ha dicho yo no sé quién. Peró tropo variar natura è bella, y estos dos axiomas, que forman la base del actual sistema político, me obligaron también a cambiar de filosofía, cayendo en el extremo contrario.

De inmensamente creadora, mi alma pasó a ser una cosa que me servía para no ver mas allá de mis narices. Todo era real, verdadero y positivo. Desde el «que vuelvas pronto» de la mujer adúltera a su marido, hasta la franca sonrisa de la graciosa bolera al hacer un batimen dedicado al dios Plutón que ocupaba uno de los palcos del proscenio.

¡Con qué candidez tan filosófica creía yo en la existencia del ave fénix, de los enanos y los gigantes fabulosos, y de otras tantas cosas con que el espíritu, al que yo negaba toda cualidad creadora, había poblado las historias pasadas!

Peró vi el abrazo de Espartero y otras hazañas por el estilo, y volví de nuevo a mi escepticismo filosófico. ¿En qué creer? ¿De qué dudar?

Mucho tiempo se me ha pasado en probaturas, y hoy, despues de haber hecho balance de mis pasadas esperanzas y mis presentes desencuentros, huyendo de los estremos que tanto me alucinaban, y hallando la verdad bajo el sudario de mis ilusiones, he podido tropezar con la verdadera causa tramitica, con el conuquibus de esta batalla humana entre la fantasía y la realidad, entre las imaginaciones y los hechos.

De todo he venido a deducir que en este mundo los objetos exteriores no hacen mas que presentar polos magnéticos a las aspiraciones de nuestra alma, aspiraciones, que al acudir en tropel, atraídas por el objeto que hiera nuestra vista, le visten y hermosean con los rios tegidos de nuestros deseos, con los magníficos y variados cambiantes de nuestras idealizaciones y esperanzas.

Los objetos, en una palabra, con relacion al individuo, no son mas que maniques, sobre cuyas carnes de carton el hombre y la mujer echan todos los sueños de su espíritu, atraídos por una cualidad real que creen haber divisado.

Como quiera que este lenguaje no sea lo mas claro del mundo, abandonaré el griego para expresarme con mayor claridad. Supongamos que German Hernández ó Gisbert imaginan un cuadro de composicion, conforme a todas las exigencias del arte.

Hay que trasportar al lienzo la apoteosis del valor y el heroismo. Sus almas de artistas brotan de sí mismas los rostros de sus héroes, pintan en sus ojos la llama en que se encienden, retratan en sus actitudes el valor que los sublima, pero.... ¡llega el momento de poner manos a la obra!

En el fondo del estudio se vé una figura de palo, que aun conserva la postura que se le dió, a fin de que sirviese de modelo para un sátiro. El artista coloca el trozo de palo sobre una tarima, levanta aquella cabeza de carton, estendiendole el rígido brazo, cubre la figura con un pedazo de lana, y de aquella masa ridicula brota ante sus ojos un héroe esforzado, un hombre sublime, honra de la creación, si hubiera existido.

Esto que los artistas hacen con sus maniques, estamos haciendo con todas las cosas que saltan a nuestra vista. No hay sér humano que no lleve en el laboratorio de su alma un mundo de creaciones que desean ser hermosismas, realidades.

Lo mismo el hombre que la mujer, antes de amar, crean en su mente el tipo físico, dentro del cual han de encerrarse todas sus felicidades.

Supongamos que Luis, jóven perezooso y soñador, se lanza en busca de su media naranja: del fondo de su alma, evocada por la varita mágica de sus deseos, se levanta una mujer morena, de negros y vivísimos ojos, juguetona, buena, vivaracha y.... con una nariz un poco respingona, lo mas atrevido y procaz que pudiera imaginarse.

El alma de aquella mujer no ha pasado de la infancia, es tan niña como en el día en que con gracia infantil balbuceaba los primeros vocablos de su idioma. Ya está imaginado el cuadro de composicion; vamos a ver qué hace Luis.

Como el artista echa mano de sus pinceles para comenzar su obra, Luis se peina y se repeina, se pule y se repule, y ávido de fundir su alma en otra, se lanza por calles, plazas, teatros y tertulias.

Un día, al salir de misa, vé joh suprema felicidad! la nariz respingona de sus sueños, colocada sobre un rostro lleno de atractivos, salir de la iglesia desafiando a todo el mundo con su graciosa puntita.

Luis se queda estático, y ¿qué hace Luis? Lo que el artista cuando echa sobre el maniqué el pedazo de tela.

Luis al ver aquel rostro, con un lunar sobre el labio, Luis no había soñado el lunar; al ver aquella nariz provocativa, para-rayos de su deseo, coge del fondo de su alma todos los sueños de sus amores, y revisa con ellos aquel precioso maniqué, que, al disfrazarse con aquella vestimenta, no es para él mas que el ángel puro de sus amores.

¡Ay! ¡Luis iba dejando al maniqué que vistiera completamente desnudo!

Cuando la mamá y parientes de la niña estaban mas seguros de comer los dulces de boda, Luis hace una conversion, y ¡piés para qué os quiero; el maniqué no tenía de real mas que la nariz respingona!

La familia de la fiancée pone a Luis como un trapo, y Luis renega de su antigua novia, echándole la culpa de su desgracia. Ni la familia ni Luis tenían razon.

Si tras la nariz respingona hubiese aparecido el tipo creado, Luis hubiera contraido su enlace, y si Luis no se hubiese empeñado en vestir al maniqué conforme a su modo, no hubiera llevado el dolor al seno de aquella familia.

Esto que pasa con el amor, acontece con todos los sentimientos. Quien, con motivo de una sonrisa franca, de un apretón de manos, echa sobre un maniqué todas las finisimas telas de la amistad, y cuando empieza a mirarlo de cerca vé que el amigo estaba en su alma, y la causa ocasional de la realizacion de sus deseos en un rasgo concediendo a un tipo ideal.

¡El acto de quedarse desnudo el maniqué que cada hombre ha adornado, es lo que el hombre llama fatalidad, desgracia, y echa la culpa a la Providencia, al maniqué, a todo, menos a sí mismo, loco de atar, empeñado en que siempre el hábito hace al monge!

Así es, que el refugio de toda alma atribulada, la fuente de toda poesía, está en los recuerdos y las esperanzas.

El alma, cuando recuerda y cuando espera, lo reviste todo con el color de sus simpatías, con el traje de su creacion. En el recuerdo y en la esperanza no puede surgir de pronto la horrosa desnudez del maniqué encantado, porque no hay objeto que esté constantemente delante de nuestros ojos, puesto al desnudo en mal hora por la fria mano de la realidad.

En esta teoría de los maniques vestidos se encierra la felicidad ó la desgracia. ¡Dichoso aquel que, antes de bajar al sepulcro, no ha visto el carton y la madera del maniqué debajo de las ricas telas que produjo su fantasía!

¡Desgraciados aquellos a quienes ocurre lo contrario! Tal es el secreto de las bruscas separaciones entre amantes, amigos y socios de tiempo inmemorial. Que Fulano, tierno esposo de Fulana por espacio de veinte años, ó que Fulana, virtuosa cónyuge de Fulano, se tiran un día los trastos a la cabeza, y cada cual se va por un lado.

¡Oh día terrible! Al maniqué del cariño matrimonial se le acaba de caer la clámide de las ilusiones! Desde aquel día Fulana y Fulano, llevando dentro de sus almas el mismo traje de siempre, se dedicarán a buscar el maniqué al cual le venga bien el traje cortado por el patron de sus deseos.

Las arrugas y los pespantes se verán despues, y ¡vuelta a las andadas! Este es el hombre. Este es el mundo exterior. El primero, gran artista de trajes bellisimos. El segundo, inmenso taller de maniques.

Vamos, pues, vistiéndolos y desnudándolos, y.... ¡viva la Pepa!

¿Qué mujer será mañana mi maniqué?

TRES DIAS DE NEVADA.

RECUERDOS DE VIAJE.

Muchas son las cosas que he visto, enteramente nuevas para mí, y diferentes las escenas de toda clase que he presenciado durante mis dilatados viajes por Rusia; y voy a consignar aquí el suceso que mas honda impresion me causó y mas vivo recuerdo me ha dejado.

Es una página que puede servir para formar idea, bien que imperfecta, de aquel pueblo, mitad europeo, mitad asiático; semi-civilizado y semi-barbárico, pero enérgico, perseverante, valiente, bondadoso y resignado; que todas estas cualidades se encuentran reunidas en la masa general del carácter ruso.

El año de 1852 tuve necesidad de dirigirme desde Moscov a Ostrolenka; nos hallábamos en el rigor del invierno, pero de un invierno tal, que ni remotamente pueden sospechar su rigor los habitantes de los países del Mediodía de Europa.

Por lo tanto, el emprender tan dilatado viaje, en una estación en que el termómetro de Reaumur marcaba constantemente de 12 a 23 grados bajo cero, era cosa seria, muy seria, aun para los hijos de aquel clima inclemente.

Era, sin embargo, muy fácil, aprovechando tres ó cuatro días sin escarcha, y bajo el influjo de un pálido sol, tomar un trineo tirado por renos, y salvar en ese tiempo las noventa leguas de camino que debía recorrer. Pero quién me aseguraba que a la mitad del viaje no me vería detenido en medio de un océano de nieve helada, por un diluvio de nieve que en pequeños y espesos y apilados copos bajan de las nubes, llenan el vacío, anulan la atmósfera, queman la vista, oprimen el pecho, y ahogan....

Es verdad que a mitad del camino se encontraba una especie de hostería, negruzca y ahumada, que servía de refugio a los caminantes extraviados en aquellas vastas soledades y sorprendidos por copiosas nevas; una hostería donde muchos viajeros encontraban caballos, perros y renos, con que relevar los que tiraban de su carruaje, mediante un estipendio que no pasaba de dos rublos de plata por cada bestia que se remudaba.

Era el hostero hombre de sesenta años, alto, seco, acartonado, con ojos, cabellos, bigote y barba grises, vestido con pieles de lobo, y adornada la cabeza con un gorro puntiado hecho de la misma piel, y con su punta encarnada, para que mayor fuese la semejanza con uno de esos cosacos, a cuyo nombre, siempre que se pronuncia en Europa, va unido un fatal prestigio de rudeza y ferocidad, que tiene mas de poético que de verdadero.

Nicholff, que así se llamaba el hostero, tenía por toda familia un hijo de 25 años, alto, fornido, blanco y sonrosado, con ojos azules y cabellos castaños. Llamábase Wladimiro.

Wladimiro, atendida la edad de su padre, era el que cuidaba de las rudas fiensas inherentes al establecimiento de Nicholff, auxiliado por tres ó cuatro moçones, que eran una especie de postillones ó conductores, encargados de dirigir los carruajes y los trineos que mudaban de caballos ó de renos y de perros en la hostería; Wladimiro era reputado entre los escasos moradores de aquella comarca, como un ruso de buena ley, amante de Dios y del czar, de la patria y de su padre.

Era ágil, valiente, sufrido: tiraba la barra y la escopeta como nadie, y finalmente, había cerrado las bocas de todos los maldicientes y descreídos, llevando a cabo feliz y valerosamente una empresa de las mas difíciles y arriesgadas.

Como de todos los grandes hechos que acometemos en la vida debe buscarse el móvil que los ocasionó, diremos brevemente cuál fué aquella atrevida empresa, y la razon de que la acometiera.

Como a dos leguas de la hostería ó casa de postas de Nicholff, y resguardada por un espeso y añoso bosque,

había una reducida aldea. Entre sus moradores figuraba un antiguo militar retirado, dueño de algunos vestos de tierra, que pasaba ocho meses al año oculta bajo una capa de nieve helada.

Estanislao tenía ademas de aquella tierra, de la casita que habitaba, de un centenar de renos y algunos bueyes, una hija de diez y seis años, llamada Catalina. Y como era la muchacha mas hermosa de la aldea, y como los buenos rusos no adivinan nada mas hermoso, noble y distinguido que el czar y la zarina de todas las Rusias, todos los moradores de aquel pueblecillo estraviado en la nieve, conviniéron tacitamente en designarla con el nombre de Czarina, a pesar de que los viejos consideraban esto como un tanto irreverente.

Wladimiro regresaba de cazar un soberbio ciervo; llegaba cansado y sediento. Una de las grandes virtudes del pueblo ruso es la hospitalidad, practicada en una escala que añade mucho de sublime a lo que de sublime hay en ella.

Wladimiro se sentó delante de la puerta de Estanislao, y para descansar y refrigerarse, encontró cordialidad, un vaso de ríco hidro-miel y un trozo de carne de reno conservada en nieve. Todo esto le fué presentado con la mejor gracia del mundo por las blancas manos de Catalina.

Era esta de elevada estatura, de formas redondas, esbelta; tenía el color moreno y los cabellos negros. Sus ojos eran brillantes y animados como los de una hija del Mediodía; la nieve y el frío, cosa rara en aquel clima, no los había quemado.

La nieve, que hiela la atmósfera y el cuerpo, reconcentra todo el calor de la criatura en el corazón. Así es que las pasiones son allí mas violentas, mas profundas é instantáneas.

Wladimiro y Catalina se vieron y se amaron, con ese amor frío en la apariencia, peculiar a los pueblos del Norte, pero que arde, quema y ruje en el corazón, como los relámpagos en la atmósfera, como la lava en las entrañas de los volcanes.

Al cabo de algun tiempo se habló de boda, lo cual, tanto para las rusas como para las napolitanas, es asunto de mucha monta. Estanislao se estaba del trato amable y jovial de Wladimiro; pero la vejez se daba á chocheos, y sentía separarse de Catalina. Buscando, pues, un pretexto para dilatar la boda, ocurriósele una idea, que, en mi concepto, pertenece a todos los pueblos y a todas las civilizaciones, como que responde a un sentimiento del corazón: objetó, pues, que Wladimiro carecía de hacienda bastante.

Wladimiro no se desesperó; no renegó de su suerte. Era animoso y enérgico, tenía fé en sí mismo, y se dijo: —San Wladimiro, santo mío; yo no puedo vivir sin el amor de Catalina; estoy, pues, en peligro de muerte; acoéreme.

Y el santo dió nuevo aliento al alentado jóven. Wladimiro habló con su padre, y le pidió licencia para hacer un viaje de nueve meses. —¿A dónde vas? preguntó el jóven tranquilamente. —A Siberia, respondió el jóven tranquilamente. Pero su padre y cuantos le oyeron temblaron. —¿Y qué vas a hacer en Siberia? —Voy a la caza de martas cívlinas.

El anciano y los otros que tambien temblaban, sintieron erizárseles los cabellos. Son contados los rusos que se atreven a acometer aquella empresa, y es cosa sabida, que la mitad de ellos regresan mutilados por el frío. La otra mitad se queda perdida en un desierto de hielo.

Unos, petrificados, sucumben al sueño, y sonriéndose pasan de la vida a la muerte. Otros caen despezados por la garra de algun oso blanco de Siberia.

Otros, al salir de la cabaña, son acometidos, desgarrados y devorados por enjambres de lobos hambrientos. Véase si no había motivo bastante para que temblaran y sintieran erizárseles los cabellos los que escuchaban las palabras de Wladimiro.

Nicholff dió a su hijo dos sólidos trineos de piel de reno, tirados cada uno por dos de estos vigorosos y ágiles animales; y proveyóle abundantemente de víveres y de municiones. Luego le dió su bendicion. Catalina le dió una cruz de oro, que había pertenecido a su madre, y un beso en la frente.

Estanislao le vió partir casi con pesar. Wladimiro partió, llegó a Siberia, en union de otros veinte jóvenes esforzados, cazó y regresó. Aparte del tributo de pieles de zorras azules y de cívlinas negras que hubo de pagar al fisco imperial, quédele una paocitilla que vendió en Moscov por mil y cien rublos.

Entonces fué cuando ocooci a Wladimiro, a Nicholff, a Catalina y a Estanislao. Este decidió que la boda se verificaria un año despues.

Salí, pues, de la ciudad santa de los rusos, habiendo elegido como medio de locomocion, un fuerte trineo de piel de reno, tirado por dos de estos magníficos animales de pobladas astas.

Me aspectó debía ser el de un oso, pues llevaba botas de piel de lobo negro, gorra de lo mismo y una especie de capote-gaban de oso. El primer día avanzó veinte y cuatro leguas, pues me detuvo dos veces para tomar alimento, y ademas porque no creia prudente fatigar a mis renos en la primera etapa.

El suelo estaba cubierto de durísimo hielo: el viento era tan frío, que me causaba un profundo dolor en las mejillas.

Interin comíamos, mi conductor y yo, dábamos libertad a los renos, y estos, guiados por el prodigioso instinto a que deben la vida durante el invierno, es decir, cuando el suelo no les ofrece vejecacion alguna con que alimentarse, rompian con sus enramadas astas la primera capa de hielo, y estraián de debajo una especie de musgo que les nutre y refresca a la vez.

A la mitad del segundo día, dejéme ver, ó mas bien adivinar el sol. Digo adivinar, porque su presencia solo se revelaba por un tinte apenas rubicundo, que tornasolaba las nubes y las mas elevadas capas de la atmósfera.

Al empezar la tarde, llegamos a la casa de postas de Nicholff. Reinaba en ella una animacion desusada y que tenía visos de agitacion. Wladimiro, cuyo semblante rebosaba salud y alegría, me estrechó cordialmente la mano.

—¿Podré mudar de renos y marchar en seguida? le pregunté. —No os lo aconsejo, me contestó el viejo y enjuto Nicholff meneando la cabeza. —¿Pues qué ocurre? —Ocurre, que antes de dos horas habrá empezado a nevar. —¿A nevar! repetí admirando y fijando mis miradas, como una mada, pero olocuente protesta, en el barniz dorado que iluminaba las nubes por Oriente. —Mirad al Norte, dijo Nicholff. Hicelo así, volviéndome de espaldas al anciano, y mis miradas chocaron, por decirlo así, con una mura-

lla cenicienta que subía desde la tierra al cielo, y me vedaba la vista de los objetos.

—Observad! dijo Nicholff. —¿Observad! aquella murralla cenicienta y tupida, tenía algo de fantástico y de aterrador, pues se movía y avanzaba con una rapidez espantosa, limitándonos cada vez mas el horizonte por aquella parte. —¿Es nieve? pregunté. —Nieve, que cae con una abundancia pocas veces vista.

—Y corro peligro.... —Si marchais, es muy posible que ni lleguéis al término de vuestro viaje, ni retrocedais. —Esperaré, dije contrariado. —A pesar de la pieles de mi vestido, sentía un horrible frío, que me hacía tiritar: los pies y las manos me dolían de una manera horrible. —Sentaos al fuego, me dijo Wladimiro. —¿Y Catalina? le pregunté. —Ha perdido a su padre; pero yo le reemplazaré muy pronto. ¿Queréis que la diga alguna cosa de vuestra parte? —Decidla que deseo verla casada y feliz. —Pues quedaos aquí mañana, y se habrán realizado vuestros deseos. —¿Conque es mañana? —Mañana.

Estas palabras me esplicaron la causa de la animacion que al llegar noté en la hostería de Nicholff. Wladimiro tomó el largo y ferrado baston que usan los paisanos rusos para andar sobre la nieve, y se cubrió con un capoton de piel de oso.

—¿Vas a salir? ¿A dónde vas? le preguntó Nicholff, que había salido de la casa, y regresaba trayendo un enorme pedazo de nieve. —Voy a ver a Catalina, padre. —¿Estáis loco! —Se lo he ofrecido, padre. —Mira que la nevada te sorprenderá antes de que hayas regresado. —Es la última vez que salgo de noche, padre. —Mira que los lobos, ahuyentados del bosque por el hambre y la nieve, rondan durante toda la noche por los alrededores. —Catalina me espera, padre. —Mira que puedes tropezar con algun lobo viejo.... —Llévete el chuzo, padre. —Y que anoche he oido ahullidos de lobo rabioso. —Volveré pronto, padre, dijo Wladimiro saliendo de la casa.

—Cerrad la puerta y atrancadla bien, porque el viento sopla cada vez con mas fuerza, dijo Nicholff a los mozos, sin abandonar el pedazo de nieve que había colocado sobre una mesa, y sacando del cajon de la misma unas largas tiras de lienzo. Instintivamente, y á causa del intenso frío que sentía, me dirigí á la inmensa chimenea, donde ardía medio roble.

—¿A dónde vais? me preguntó Nicholff, continuando sus misteriosos preparativos. Y digo misteriosos, porque lo eran para mí. Había notado en verdad, que los tres ó cuatro paisanos de la clase de siervos que servían a Nicholff, formaban á mi alrededor un ancho círculo y que me miraban con estúpida curiosidad; pero tambien es cierto que no la atribuí á la causa que realmente la motivaba.

—Esperaos un poco, me contestó Nicholff. —No, no! repuse: tengo frío y sueño. E iba a poner el pié en el dintel de la puerta de la habitación de la chimenea, cuando me sentí rudamente detenido por los hombros.

—¿Qué haceis? ¿Qué es esto? exclamé, dirigiéndome á Nicholff y sin cuidarme de los paisanos que me sujetaban con sus manos de hierro. —¿Qué es eso? Eso es impedirnos entrar en esa habitación. —¿Y por qué me lo impedís? —¡Porque quiero que vivaís! El frío que me hacía temblar contagió mi sangre. —¿No os comprendo! murmuré. —No os asustéis.... ¡Eso no es nada! —Pero, Dios mío, qué sucede. —¿Pues no veis que estoy haciendo una compresa de nieve? —¿Y qué me importa eso? —Os importa tanto, como que tenéis helada la nariz....

—¡Yo! grité, llevándome una mano á la faccion amenazada y apretándola con toda mi fuerza, al mismo tiempo que de mi frente brotaban abundantes gotas de sudor. Y en efecto, por mas que apretaba nada sentía. Y éia mis narices, pero no las sentía. Creía que estaba ebrio, que asía el vacío.... y no era así: era que tenía las narices blancas como la cera, transparentes, insensibles, heladas....

—Si os hubiera dejado acoercar al fuego, me decía Nicholff, interin que me alejaba del fuego y me frotaba rudamente la nariz con nieve; habríais perdido la nariz, y tal vez la vida. Luego me aplicó al sitio amenazado una compresa de nieve: hizo que sus criados me condujesen á una cama compuesta de pieles; me acostó en ella, me arrojó con una manta forrada de piel de oso blanco de Siberia, y me dijo: —¡Dormid!

Ignoro si fué el miedo ó la propension al sueño, que produce siempre el exceso del frío, lo que obró sobre mí como un pesado narcótico. Ello es que me dormí profundamente y con un sueño tal como si no debiera volver á despertar.

(Se concluirá.)

ESPECTACULOS.

TEATRO DEL PRINCIPE.—A las ocho de la noche.—Pablo el marino.—Baile. TEATRO DE VARIEDADES.—A las ocho de la noche.—El Si de las niñas.—Baile y sainete. TEATRO DEL CIRCO.—A las ocho de la noche.—Primer turno.—La Hija de la Providencia. TEATRO DE LA ZARZUELA.—A las ocho de la noche.—Primer turno.—Memorias de un estudiante. CAFE LIRICO DE CAPELLANES.—Funcion á las siete de la noche. TEATRO REAL.—Hoy sábado se verificará el PRIMER BAILE DE MASCARAS de la presente temporada: empezará á las doce de la noche y terminará á las seis de la mañana.

Prencio de los billetes. Un billete para caballero. . . . . 30 rs. Un billete para señora. . . . . 19 Un billete de caballero con uno de señora. . . 40 En el precio de los billetes va incluido la remuneracion del guarda-ropa. Despacho de billetes. Teatro real.—Café Suizo.—Café Oriental, en la Puerta del Sol.—Guantería de Hernandez, calle del Arenal.—Guantería de Glement, calle de Carretas.—Id. de Lafin, y en la de Arrieta, calle de la Montera. Por todo lo no firmado, José AGUIRRE. Editor responsable, D. PEDRO JACOBO Y LOPEZ. Imprenta de Luis Garcia, calle de San Bartolomé, 4.